

desmontan, les frotan los ojos, y les tiran las orejas creyendo que esto les sirve de descanso. Doce de esos caballos fueron atados de dos en dos á cada uno de nuestros carruajes. De repente, estimulados por los largos y agudos gritos de los postillones, especie de salvajes medio desnudos, nos arrebataron al traves de las llanuras cortadas por ramblas, torrenteras, arroyuelos y lodazales sin fondo, y la misma tarde nos llevaron á Bukharest. Algunos compañeros se habian quedado aguardando la vuelta de los caballos, y aprovecharon ese tiempo para observar todo lo que la solemnidad de la fiesta de S. Pedro, en cuyo dia llegamos á Giurjevo, ofreció en materia de diversiones, y yo les encargué la descripción de esas ruidosas fiestas.

CAPÍTULO III.

BUKHAREST.--VALAQUIA.

La vasta llanura que se estiende entre Giurjevo y Bukharest está cruzada con frecuencia por barrancos bastante profundos, que en tiempo de lluvias se convierten en torrentes, peligrosos para los viajeros. Más de una vez hemos corrido riesgo de quedarnos con nuestros carruajes atascados en los fangosos aguazales en que el camino tiene por único cimientó algunas ramas de árboles atravesadas. Desgraciado el carruaje que los caballos dejasen metido en ese negro barro, pues trascurriría mucho tiempo antes que recibiera socorro. Verdad es que en esos tristes caminos los viajeros son tan pocos como los pueblos, si tal nombre merece la mas pequeña reunion de chozas de ramaje y de adobe, que cubren una especie de madriguera, en donde

vive enterrada toda una familia. Cuando nosotros pasamos, el ruido y la alegría animaban esos miserables villorrios: la solemnidad del día despertó todos los violines de los Tsiganos: el licor agridulce que el válaco se ha acostumbrado á llamar vino, daba vigor para la danza á todos esos robustos labradores y á todas las morenas jóvenes, y animaba la gangosa voz de las viejas para salmodiar cantos tradicionales, que tal vez los oídos dacios ó romanos escucharon en tiempo de Decébalos y de Trajano.

Las veinte leguas que habíamos de atravesar lo fueron con bastante prisa. Mientras se corre por el terreno igual de la pradera, el camino es tan fácil como rápido, porque esos flacos y hambrientos caballos, tan escasos de arneses, arrastran á los viajeros con una velocidad extrema; y los postillones encaramados en sus altas sillas de madera, llevan en aspa la cuerda que sirve de brida, y aullan y gesticulan como locos, y echan al galope y sin descanso la horda de caballos semi-salvajes atados á un solo carruaje. Algunas veces el grotesco vehículo se precipita á través de las altas yerbas del prado, y los caballos se aprovechan de esa inesperada fortuna para coger al galope algunos tallos secos que devoran corriendo. Llegados á la parada, el tiro

queda al momento libre de los arneses, que según hemos dicho, consisten en dos tirantes y en un collar de correa, en el que el animal mete la cabeza por sí mismo y se desembaraza de él de la propia manera: hecho esto, los conductores, en señal de satisfacción y para hacer descansar, según dicen, á sus caballos, les tiran con fuerza las orejas y las crines de la frente, y luego los dejan jadeando para que reparen sus fuerzas sobre la abrasada yerba de la llanura.

Llegamos á Bukharest hácia el fin de la tarde, y se atravesaron cuantos obstáculos pueden ocurrir al buscar una posada en una ciudad inmensa, por entre calles tortuosas y oscuras, y con guías de quienes no es posible lograr que á uno le entiendan. Nos habían indicado que el Club de los nobles, que está en el teatro, era el único punto en donde podríamos encontrar alojamiento: mas estuve en un tris que el huésped se negara á sacarnos de ahogos, y solo á fuerza de súplicas y después de esperar que se acabara la función, pudimos poseionarnos de dos cuartos, tan contiguos al teatro, que con solo abrir una puerta nos encontrábamos en la escena. No tenemos motivo para quejarnos de esa hospitalidad de bastidores, pues á despecho de tan estraña habitación no nos faltaron al mo-

mento las mas honrosas visitas. En efecto, apenas acabábamos de instalarnos, cuando vino á ponerse á nuestras órdenes un oficial de S. A. el príncipe reinante; y al punto se colocó una guardia permanente cerca de nuestro equipaje, espuesto en medio de un vasto patio, á la rapacidad de los Tsiganos, pordioseros vagabundos que siempre van á la pista de los viandantes, y que en el desórden de la llegada supieron ya escamotearnos algunas friolerías de corto precio.

Aconsejamos al viajero que llega fatigado á Bukharest que ante todo visite los escelentes baños turcos de que vamos á darle una idea. Situados por lo general en el cuartel que baña el Dombovitz, reúnen á los saludables efectos del vapor y de las fricciones todo el lujo con que los orientales han sabido embellecer las necesidades físicas de la vida. Si el falso profeta tuvo el tino suficiente para elevar hasta la santidad de un deber religioso, una medida de higiene, los verdaderos creyentes, por su parte, han sido bastante sensuales para convertirla en un placer, tal como ellos lo desean, y al cual todo su ser lo abandonan con tanta delicia. No hay cosa comparable á la muelle languidez que se apodera de todos los miembros fatigados, cuando al salir de aquel vapor tibio, despues de haber pa-

sado por fricciones aromáticas, se encuentra uno dulcemente tendido entre pastosos tejidos, mientras que la pipa derrama en torno los olorosos perfumes de que está llena, y que de cuando en cuando el agua helada y á la cual da color la confitura de rosa, le regala á uno con sus frescos sabores: y no obstante, esta completa beatitud de todos los sentidos se compra en Bukharest por muy módico precio. Por esto es de desear que los usos de Viena y de Paris que cada vez tienden mas á apoderarse de esta capital, dejen subsistir en ellas las dos cosas únicas quizás de que pueden vanagloriarse los turcos, y las únicas que Europa ha de envidiar aún á la civilizacion de Oriente, á saber, el baño y el café.

Durante este primer dia, algunas visitas recibidas y devueltas han comenzado á darnos una idea general de Bukharest y de sus habitantes. Justo es confesar que hemos sido objeto de una cortesanía tan esquisita, que á las pocas horas estuvimos comprometidos no solo para el tiempo que pensamos estar aquí, sino para mas del que podemos destinar á los favores de hospitalidad tan agasajadora.

El príncipe reinante se habia dignado señalar hora para recibirnos, y mientras ésta llegaba, fuimos, á fuer de extranjeros curiosos, á pasar revista á la buena sociedad de esta capital, que se paseaba por

el sitio acostumbrado y en los cotidianos coches, porque en esta ciudad cada persona tiene el suyo. Ese paseo tan frecuentado, es poco digno de la popularidad que goza, puesto que en suma, es una grande calle polvorosa y cuajada de carriles y baches. Cuando se ha llegado al extremo de ella y de la ciudad, hay que sufrir los terribles vaivenes de un camino malísimamente cuidado, en donde los árboles, que no tienen mas de tres años, hacen esperar una sombra destinada á refrescar á los felices válacos del siglo venidero, pero que dejan á los transeuntes contemporáneos espuestos á los oblicuos rayos del sol. Una campiña plana y cenagosa es el horizonte que circuye este paseo. A pesar de ello, los carruajes forman una hilera larga y apretada, y todas las tardes se presenta allí, puntual á la cita, la flor de aquella nacion abigarrada, que hoy cambia de costumbres ni mas ni menos que de traje. En el mismo coche, ocupado por mujeres, cuyo vestido y cuyos modales procuran asemejarse todo lo posible á la elegancia de los de Viena, se columbra el frac negro que representa la jóven valaquia, colocado cara á cara de la noble y venerable figura de algun boyardo¹, con barba blanca y gorro de

¹ Título de dignidad en Rusia.

cúpula, tocado monumental que importaron los griegos de Phanar. En el pescante del carruaje aparece unas veces gravemente sentado un cochero, vestido á la rusa, envuelto en su largo castan, otras un turco con descomunal turbante, ú otro hombre cuyo traje no representa en rigor nacion alguna. En una palabra, esa rápida procesion que se desliza entre el polvo de la tarde, esas plumas, esos turbantes, esos velos que pasan y se cruzan á derecha é izquierda, forman un espectáculo sobremanera estraño y de novedad muy agradable.

Trasladámonos al palacio del Hospodar, en donde algunos oficiales esperaban que el príncipe volviese de paseo, y allí encontramos al señor vizconde de Grammont Louvigny, caballero frances, á cuya finura debiamos ya muy señaladas atenciones. El salon en donde nos introdujeron tenia por único adorno el retrato del general ruso Kisseleff¹ (retrato popular si los hay), hombre de bien y de valor, cuya venerada imágen se encuentra en las paredes de los palacios y de las mas humildes habitaciones del pais. No tardaron en anunciar el Hospodar, y el gracioso y cordial recibimiento que le debimos nos ofreció ocasion de apreciar los variados conoci-

¹ Véase la nota 2, al fin del tomo II.

mientos del príncipe. Una conversacion desembarazada y entendida acerca de todos los asuntos de que se ocupaban entonces los altos personajes de Occidente, nos probó que el progreso, y el delicado espíritu del siglo, encuentran dignos y lógicos intérpretes en aquella capital, adonde no puede llegarse sino atravesando desiertos. Si pudiésemos describir en pocos rasgos la persona del Hospodar de Valaquia, diríamos que el príncipe Ghika, que reina con el nombre de Alejandro II, á todo el esterior de un caballero, reúne una fisonomía dulce y grave, que de golpe inspira confianza: su decir es claro y fácil, y revela un ánimo elevado. Se halla ahora en la mitad de la vida, se mantiene célibe y es un modelo de las virtudes privadas y de un ilustrado deseo del bien público. Los príncipes reinantes de Valaquia han adoptado el traje de Occidente y los uniformes del imperio de Rusia, y hablan comunmente la lengua francesa con facilidad muy grande.

Mas tarde tuvimos el honor de ser presentados á los dos hermanos del Hospodar. El príncipe Miguel Ghika, el mayor de la familia, es ministro de la gobernacion del reino, con el título de Gran Vornik, y acababa de ser ascendido á la dignidad de Bano, que es la primera del Estado despues del Hospodar.

El príncipe Constantino Ghika, el mas jóven de los tres, es ministro de la guerra y manda en calidad de gran Spathar, el reducido ejército válico. Siguiendo la costumbre turca, nos ofrecieron pipas y café. Nos despedimos del príncipe despues de una conversacion, en que se nos ofrecieron muchas oportunidades para convencernos de cuán sólido es el saber y cuán elevados los designios de ese soberano de un pais en donde todo debe crearse. Al volver de palacio, hallamos á los compañeros de viaje que habiamos dejado en las márgenes del Danubio, los cuales venian sumamente fatigados, y que al punto se trasladaron al exiguo alojamiento á duras penas conquistado en un barrio inmediato. Hé aquí las causas de su retardo y sus observaciones en Giurjevo, desde que salimos, dejando sin caballos la casa de postas.

“Cuando nos vimos en la precision, dijeron, de quedarnos en Giurjevo sin caballos y sin carruajes para venir á Bukharest, comenzamos por tomar en la casa de postas el número de carros del pais suficiente para trasportar nuestras personas y los embarazosos pertrechos de que éramos custodios. Nada mas sencillo y nuevo que las sillas de postas válicas, llamadas en el pais *carusi*. Consisten en una especie de artesa pequeña formada de barrotes de

madera, puesta sobre cuatro ruedas mas ó menos redondas, y dos ejes de la misma materia, sin un clavo ni un solo hierro. En esa caja, abundantemente provista de heno, no pocas veces fermentado, cabe un viajero, y rara vez dos. El paciente acurrucado sobre sí mismo, y sin apoyarse ni sostenerse en cosa alguna, hiende los aires aferrándose á los bordes de aquel infame vehículo, como un ginete inesperto, se agarra á las crines del desbocado caballo. Solo pueden compararse esos carruajes á los telegos de Rusia, aunque son mucho peores. Ese género de transporte que tiene todos los inconvenientes posibles en un viaje, es, no obstante, el único que encuentra en Valaquia quien no tiene carruaje propio. Debiamos partir hácia media noche, cuando los caballos á la vuelta hubiesen descansado; y así nos quedó tiempo bastante para ver la ciudad y disfrutar del espectáculo de la fiesta, cuyo estruendo resonaba en todas partes.

“Giurjevo fué una fortaleza turca, hasta que la hizo válaca el tratado de 1829, en cuya época la generosa intervencion de la Rusia alzó de su abatimiento los principados que las exacciones arruinaban. La barbarie volvió á pasar el Danubio; mas los turcos echaron abajo, antes de abandonarla, las murallas de Giurjevo; y esta ciudad es hoy una

mezcla de ruinas y de obras nuevas. La simetría moderna ingiere sus alineaciones al traves de la antigua confusion oriental: por cuyo motivo las cayeres no terminadas y los terrenos obstruidos por escombros afearán todavía, durante mucho tiempo, el plan regular de la nueva Giurjevo. El cuartel inmediato al Danubio es de construccion reciente, y le dan un aire del todo europeo algunas lindas casas, y una iglesia dedicada á S. Pedro, cuya inauguracion se celebraba aquel dia. Encuéntrase mas allá una plaza circular, en cuyo centro se eleva una alta torre: esa plaza es toda Giurjevo, porque en ella están reunidas las tiendas y los cafés con sus grupos de fumadores sentados á la redonda delante de las puertas. Hay tambien dos ó tres posadas, con su mentiroso rótulo, puesto que en ellas encuentra el viajero por todo manjar un sorbete, y por cama una mesa de billar, mueble tan infame como fementida cama, y que se halla á cada paso en la Valaquia y en la Moldavia.

“En la hora de que hablamos, la ciudad estaba desierta, porque toda su poblacion se habia trasladado á una llanura inmensa, sin verdor y sin sombra, á la cual llegaban en cuadrilla familias y pueblos enteros de la Valaquia, y numerosas hordas de gitanos. Crecia tambien incesantemente la innume-

rable muchedumbre de mercaderes, danzantes, músicos y curiosos, atraídos por la solemnidad que había de durar muchos días. Al llegar al campo de la fiesta se quitan los caballos de los carros, orgánzase el bivac, y á cada instante va tomando creces la ciudad nómada, en donde se confunden las diferentes razas que pueblan la Valaquia. Los válacos estaban acampados bajo grandes toldos de lienzo blanco, rodeados de sus macizas carretas, cerca de las cuales rumiaban los búfalos ó los bueyes que las habían arrastrado; al paso que de lejos se reconocían las tribus de Tsiganos por sus tiendas de campaña de colores sombríos, con listas negras.

“Alzábase por todas partes el humo de los fuegos en que se preparaban los alimentos de aquel pueblo tan entusiasmado por la fiesta; y dentro de las tiendas todo el mundo se vestía para tomar parte en la danza. Las robustas válicas se distinguían por sus gorras de terciopelo, en donde brillan los largos rosarios de zequines ó de otras monedas que constituyen su dote. Tal vez la gorra mas cargada de dinero, y la mas á propósito para tentar novios, aplastaba bajo su peso una cabeza enfermiza y sin gracia; al paso que un rostro dulce y noble no tenía mas adorno que una mezquina guirnalda de

zequines. Tal es en pequeño la historia de los dotes de todas las naciones civilizadas del mundo. Distingue á las gitanas jóvenes una belleza singular y que ha conservado el tipo de la raza de donde proceden, segun algunos autores, esas errantes tribus, puesto que en ellas se echa de ver el talle flexible y suelto, y las delicadísimas estremidades de las mujeres nacidas en las riberas del Ganges.

“Sería ardua empresa dar una idea del turbulento campo de feria en donde se removía toda esa muchedumbre. Una llanura sin límites, y sobre la cual se cernía una densa nube de polvo, estaba enteramente cubierta de tiendas, barracas, carretas y animales; y por entre esa confusión sin orden aunque sin tumulto, arreglaron los mercaderes sus puestos. Allí se vendían telas de todas clases, vestidos, pieles y comestibles en gran copia; y si en medio de esa inquieta muchedumbre quedó algun espacio libre, era al punto invadido por los danzantes, que forman una grande rueda que comienza á dar vueltas, ya á derecha ya á izquierda, con un movimiento lento y pausado que va adquiriendo bríos por instantes. En esa danza, hombres y mujeres se cogen de manos, los ministriles tsiganos están en pié en mitad del círculo, y hacen grandes esfuerzos y gesticulan como poseídos para ejecutar su música